



Publica o perece

La vida que se acaba

Cada ocho minutos y medio se extingue una especie animal o vegetal en el planeta debido a las actividades del hombre, aseguran expertos que participaron en la séptima conferencia de la convención mundial sobre diversidad biológica, que se realizó en Malasia en febrero del 2004.

De acuerdo a estos datos, en el tiempo en que una persona alcanza la madurez, esto es a los 18 años, la naturaleza ya perdió un millón ochenta mil especies de los organismos que la habitaban. Sin embargo, los cambios que se necesitan hacer para desviar esta tendencia y conservar la mayor cantidad posible de los especies que están desapareciendo o están en vías de hacerlo, afectarían la fuerza del crecimiento del desarrollo que se viene dando desde hace doscientos años en el planeta.

Las sociedades ricas y tecnológicamente avanzadas van tirando hacia un rumbo que, si se les pregunta, no sabrán responder cual es. Para sus líderes, en el gobierno, los negocios o la academia, será eso que llaman "progreso" y que significa agrandar el dominio, llenar las arcas y generar más artefactos que hagan la vida de sus habitantes más conveniente hoy que ayer. En el proceso, las sociedades más pobres son arrastradas y removidas hasta sus cimientos.

En la naturaleza, un fenómeno parecido no sería permisible. Las propias fuerzas del denominado equilibrio ecológico halarían hacia el lado requerido para contrarrestar a aquella que estuviera menguando la estabilidad del sistema. Sólo una manifestación extraordinaria que

superara a la propia naturaleza podría vencerla, como el hipotético meteorito que impactó la tierra hace 65 millones de años y destruyó a los grandes reptiles. Esa mega catástrofe desvió el rumbo de la evolución en la tierra y dio oportunidad a que los mamíferos ocuparan el lugar de los extintos dinosaurios.

Algo semejante a esa perturbación de la biosfera es lo que suponen los científicos que está ocurriendo en la actualidad, que la obra integral del hombre está resultando en un evento negativo para la naturaleza y que el impacto de esa obra, sobre el medio ambiente, es de una magnitud superior a la de aquel asteroide.

Donde sea que miremos encontramos que lo artificial está sustituyendo a lo natural; las ciudades ocupan valles y montañas, costas y selvas; aire, agua y suelo reciben y acumulan toda clase de residuos; lo natural parece ante la presencia del hombre. Disminuimos los dones de la naturaleza, dice Leakey, mientras aumentamos los nuestros. Los recursos que estamos extrayendo, y que se están agotando, son nuestro sustento; en cambio nosotros no somos ningún sostén para la naturaleza, ni esa entidad nos requiere para ser tal.

Margo Wallstrom, comisaria del medio ambiente de la Unión Europea, acusó a los Estados Unidos de poner más atención a la búsqueda de vida en el planeta Marte en vez de tratar de proteger la vida de nuestro planeta. Para colmo, como respuesta a esa conducta de entretenerse con la realidad para influirla,

cambiarla y poseerla aún más, todo con el propósito de reforzar el modelo de progreso que se tiene, se ha estado desarrollando un prototipo virtual de la Tierra, el cual consiste en una enorme base de datos que permitirá a algunos gobiernos inducir situaciones ficticias para establecer medidas de control reales para en caso de que ocurran.

Pero no todos están de acuerdo en que al ambiente de la tierra le esté yendo tan mal. Algunos cuantos, por convicción o porque ese es el trabajo mercenario que realizan para grandes corporativos transnacionales, tratan de refutar lo que se ha establecido como una verdad científica y un realidad viva para los millones de personas que padecen los efectos del deterioro de la naturaleza.

Uno de ellos es el danés Bjorn Lomborg, quien por su libro, *El ambientalista escéptico*, levantó toda clase de críticas a nivel mundial por tratar de resumir el problema ambiental a una mera cuestión de números optimistas, y de desvirtuar la importancia de la diversidad biológica, el calentamiento global, el agotamiento de los energéticos, y el impacto de la sobrepoblación, entre otras cosas.

Ceder ante las pretensiones conservacionistas de estados poco poderosos en el escenario mundial y de organismos no gubernamentales, implicaría que la ideología de las super naciones se vería perjudicada. Sería ir en contra de lo establecido por las políticas globalizadoras de bienes y servicios, y restringir el crecimiento de las empresas y las fortunas personales hasta un tope máximo.

La extinción de especies no es nada nuevo, se conoce con detalle

científico desde el siglo XVIII, hecho establecido por el francés Georges Cuvier, y se le ha hecho un seguimiento pormenorizado en los últimos 35 años. Además, los grandes avances de la ciencia y la tecnología de los tiempos recientes han permitido medir con exactitud lo que ocurre en la naturaleza y advertir lo que vendrá. Pero ni los resultados hallados sirven de argumento para convencer a la sociedad sobre la necesidad de cambiar el rumbo.

Los dinosaurios reinaron en la tierra por 140 millones de años, y fueron exterminados por una catástrofe de origen externo. En cambio, los antecedentes del hombre se remontan apenas a 3 millones de años. El hombre cultural apareció hace 10 mil años, y el hombre científico, como por primera vez denominó Maxwell a esta clase de pensador, hace 150 años. En tan breve tiempo el hombre ha desarrollado un ingenio capaz de transportarlo a otro planeta o terminar con el suyo propio.

La biofilia, definida por Edward Wilson como “la vinculación emocional innata de los seres humanos con otros seres vivos”, es un instinto enterrado por el destello de los productos de la sociedad contemporánea. La viciosa dependencia consumista y el exultante anhelo de más y más artilugios nuevos, impiden percatarse de lo que sucede alrededor.

La inteligencia en la especie indebida es una combinación mortal, afirma Wilson, tal vez por eso somos “una anomalía ambiental”. “Puede que sea una ley de la evolución que la inteligencia tienda a extinguirse sola.”

vgarza@uacj.mx